



Marino Ferrera (Santa Cruz de La Palma, 1951):
Pandorga, Mascarones y Enanos
Aarón García Botín

Taller de los Mascarones (ca. 2005), MF

Lleva tantos años colaborando con la Bajada de la Virgen que Marino Ferrera no recuerda cuándo empezó o cuándo colaboró en un acto o en otro. Lo cierto es que se ha quedado más con los diferentes lugares en los que ha ayudado a hacer las caperuzas del Desfile de la Pandorga, la gente con la que ha compartido interminables horas de trabajo o, especialmente, con la ilusión de padres e hijos al recibir las estructuras que él mismo empapelaba y decoraba. Por encima solo están su orgullo y su emoción por haber formado parte de la Danza de Mascarones y, sobre todo, de la Danza de Enanos, una experiencia con la que, asegura, quedó marcado para toda su vida.

Marino Ferrera empezó a colaborar en la Bajada de la Virgen porque se encontraba en el momento justo en el lugar indicado, en su caso, trabajando en la carpintería del Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, donde estuvo siete años, período durante el cual decoró todos los escenarios del Festival del Siglo XVIII.

Así, tras la petición de un familiar, lo suyo fue empezar a colaborar, especialmente con La Pandorga, y no dejar de hacerlo hasta el día de hoy, sin descartar aún continuar en la próxima edición. Se trata de una actividad donde además tuvo el lujo de coincidir con su «cabeza visible», Arturo Pérez, encargado durante muchos años de que esta llegara a buen puerto, y una «bellísima y maravilla de persona», señala.

Marino Ferrera (2019). MF



Taller de la Pandorga (ca. 2005). MF

Las caperuzas de La Pandorga

Haber participado en algunos de los actos más significativos de la Bajada de la Virgen supone para Marino Ferrera un placer, sostiene; sobre todo cuando empieza a repartir las figuras de La Pandorga y ve las caras de los niños, que no quieren quemarlas y se las quieren llevar para sus casas. «Es una cosa que te llena, que te enorgullece», afirma.

Todo ello pese al sacrificio que ha supuesto el que para hacerlas haya dedicado muchas noches después del trabajo y casi siempre, sin horarios. «Allí no había horarios, si estaba abierto a las siete de la tarde, ibas y estabas una hora, dos o tres, o el que quería estaba más», revela. En su caso, y dado que tenía una llave, si algún que otro día podía ir más temprano, era de los primeros en ir y de los últimos en irse, indica.

Tampoco lamenta alguno de los malos momentos o el malestar que, en ocasiones, rompió la armonía que había entre el equipo de personas que acudía siempre al local por culpa de otras «que se creían que iban a hacer alguna cosa y lo que hacían era fastidiar». Pues, asegura, supo «timo- near» este tipo de problemas.

Ya fuera en la ermita de San José; en la casa del exalcalde de Santa Cruz de La Palma, Carlos Cabrera Matos; en El Velachero; o en la avenida El Puente, en definitiva, allí donde el ayuntamiento consiguiera alquilar un local, comenzaba el proceso de fabricación, empapelado y decoración de las luminarias de La Pandorga.

El primer paso, la elaboración de la estructura de madera de las caperuzas, correspondía a Perico Daranas, un carpintero contratado por el consistorio que les daba forma a estas figuras en el mismo local antes de que, en las últimas bajadas, decidieran trasladar el proceso a la carpintería municipal.

Posteriormente, los esqueletos de madera se llevaban al local, donde unos voluntarios las forraban con papel de seda, con el que hay que tener cuidado porque se rompe muy fácilmente, y otros se dedicaban a adornarlas con flecos y a ponerles los elementos de los personajes que representaban, cuya temática apenas ha cambiado a lo largo de los años.

Por ello, Ferrera explica que con el objetivo de premiar el especial protagonismo que los niños y jóvenes tienen en este popular desfile, finalmente se decidió hacer algunas figuras expresamente para que los más pequeños pudieran transportarlas sin problemas, reduciendo su tamaño. Sin embargo, y aunque le restara belleza, esto obligaba a que durante el desfile las velas de su interior estuvieran apagadas, para evitar así el riesgo de incendio que el espacio más reducido podía provocar.

Las figuras de la Danza de Mascarones

Aunque Marino Ferrera indica que solo con el Desfile de la Pandorga ya era «suficiente» porque dedicaba muchas horas,



Marino Ferrera en el taller de la Pandorga (ca. 2005). MF

después de salir del trabajo, a empapelar y decorar todas las caperuzas. La realidad es que le sobró tiempo para formar parte de la Danza de Mascarones, la popular comparsa de gigantes y cabezudos que recorre bailando las calles de la capital durante la víspera del día de las cruces, pero también y en distintos días, en el marco del protocolo anunciador de la Bajada de la Virgen.

El Gordo y el Flaco, las Mendoza, Biscuit... son muchos los icónicos personajes que posee este número y que Ferrera, precisa, «hay que saber llevar».

«Cuando había viento había que saber portarlos porque como era una estructura muy alta, te llevaba. Hubo algunos que se caían porque se creían que era sencillo y no lo es, por el volumen», expresa. No obstante, matiza que no había problema «una vez le cogieras el toque, el truquito que tiene, que es dónde tienes que meter las manos, así como ir siempre al mismo lado».



Taller de la Pandorga (ca. 2005). MF

Ferrera comenta que los personajes no estaban del todo asignados, aunque los participantes procuraban coger las mismas figuras, que pasaban a otra gente una vez se retiraban. Solo algunas de ellas, como Blancanieves y los Siete Enanitos, estaban destinadas a aquellos que, por su baja estatura, podían ocuparse.

Ya retirado de este acto por una operación de rodilla, Marino Ferrera señala que, en su caso, siempre procuró coger uno de los dos gigantes que iban vestidos de mago, y años más tarde los de gitanos. Con ellos, se divertía bailando, dando vueltas y soltando, con y sin intención (pues las manos iban sueltas), algún que otro manotazo.

Eso sí, asevera que nunca se hubiera metido, «ni aunque le pagaran», con el personaje de la Bruja, porque aunque este también ha partido alguna que otra escoba sobre la gente, se trata de un muñeco que se lleva «muchas patadas y mucha leña».

«Roberto Rodríguez Estrello se solía vestir de Bruja y cuando llegaba decía que

Taller de la Pandorga (ca. 2005). MF



no se vestía más, aunque al siguiente año se volvía a meter otra vez. Al final es que es muy peligroso porque los chicos iban por detrás: «Tú por detrás no ves y te podías ir de narices», aclara.

La Danza de Enanos, el acto más especial

Por encima de todo queda, para Marino Ferrera, el acto más significativo —como palmero y como participante—, que fue bailar la Danza de Enanos durante la celebración del quinto centenario de la fundación de Santa Cruz de La Palma, tras haber sido suplente durante la Bajada de la Virgen de 1990 y haberlos bailado en una representación reservada para los Enanos en la plaza de Santo Domingo.

Su oportunidad llegó de forma inesperada, pues uno de los que iba a bailar se puso enfermo, y también como suplente, en una época donde estos no iban a todas las actuaciones ni se encontraban preparados por si surgía algún inconveniente, tal y como sucede en la actualidad.

Para él, las sensaciones y sentimientos por haber bailado la Danza de Enanos aún perduran, pese a que sepa cómo es el proceso de transformación. «Todavía veo bailar los Enanos y es una emoción que te sale de abajo para arriba, es una cosa impresionante», insiste.

Su orgullo y gratitud con este acto es tal que asegura que pese a que se trata de un «momento sacrificado», nunca experimentó ningún problema por el esfuerzo físico que conlleva. «Es una cosa que te sale de dentro, que ni dolor ni nada», confiesa, y añade que, incluso, le hubiera gustado «bailarlos más veces». No en vano, solo los bailó una vez y, pese a ello, asegura que quedó marcado «para toda su vida».